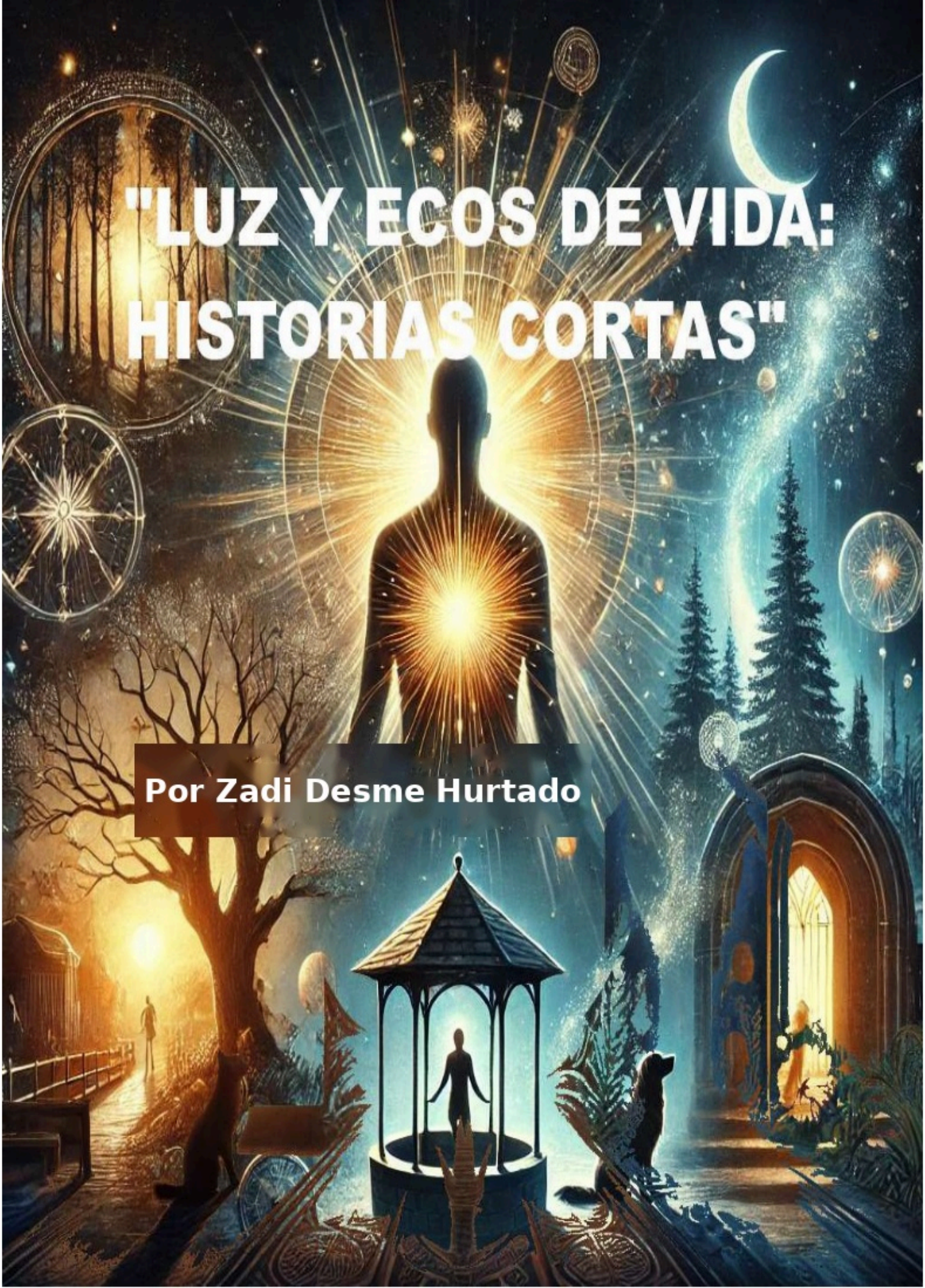
"LUZ Y ECOS DE VIDA:
HISTORIAS CORTAS"
Por Zadi Desme Hurtado

"LUZ Y ECOS DE VIDA"

HISTORIAS CORTAS

I AGRIDULCE TRAVESÍA

Subí al autobús como todos los días, cinco minutos antes de que saliera del terminal. Mi cuerpo se sentía cansado y mi mente cargada después de un largo y complicado día en el trabajo. Esperaba encontrar algo de tranquilidad en el viaje de regreso a casa.

Sin embargo, mi anhelo de paz se desvaneció rápidamente cuando mi vecino de asiento apareció, sacó un celular de su bolsillo y puso música a todo volumen. La molestia que invadió a los pasajeros era evidente, incluyéndome a mí. Parecía ser parte de aquel grupo humano que cree que sus derechos y libertades le otorgan el privilegio de hacer lo que le plazca sin importar los demás.

La situación empeoró cuando una señora con una niña pequeña y numerosas bolsas subió al autobús. Reclíné mi asiento para sentirme más cómodo, pero ella empujó el respaldo hacia adelante para que la niña pudiera sentarse en su regazo, dejando las bolsas en un lugar incómodo tanto para la pequeña como para mí. Era claro que la comodidad de los demás no importaba para ella, y me sentí frustrado por la falta de consideración.

Pronto, otra escena llamó mi atención: una señora con una Biblia en la mano comenzó a hablar sobre cómo la vestimenta "impúdica" de las mujeres atraía pensamientos perversos en los hombres, transgrediendo las enseñanzas de Dios. En ese momento, subió una joven con tatuajes y piercings, que comenzó a distribuir panfletos sobre la diversidad sexual y sus derechos. La joven estaba acompañada de su pareja, y ambas empezaron a darse besos apasionados, desatando reacciones diversas entre los pasajeros. Era un claro contraste entre puntos de vista y estilos de vida.

Cuando creíamos que finalmente saldríamos del terminal, unos policías subieron al autobús y comenzaron a pedir documentos a los pasajeros de manera aleatoria. Una mujer extranjera no tenía identificación y admitió haber ingresado ilegalmente al país, explicando que huía de una situación complicada en su lugar de origen y tenía una hija esperándola en un cuarto alquilado. Los uniformados, siguiendo sus órdenes, se la llevaron a pesar de sus súplicas y llantos. Observé cómo algunos pasajeros

justificaban su detención con prejuicios y xenofobia, mientras otros se mostraban incómodos, pero temían expresar su opinión.

Fue entonces cuando me di cuenta de cómo las acciones humanas diarias se entrelazan en un contexto compartido, creando una compleja danza de interacciones que se repiten una y otra vez. A pesar de las diferencias entre los pasajeros, todos estábamos unidos por la experiencia de compartir aquel espacio confinado. Esta conexión silenciosa, a menudo ignorada, daba lugar a situaciones que reflejaban la naturaleza humana en su esencia.

A toda prisa, subió un hombre de terno, y todo el mundo lo saludó solemnemente. Era un empleado de la municipalidad, conocido por dar permisos de funcionamiento a los negocios del pueblo. Se decía que tenía una historia oscura y que conocía los secretos de los alcaldes de turno. La gente decía que era mejor tenerlo en buena.

Finalmente, el autobús inició su recorrido, pero el ambiente era tenso y sombrío. Miré por la ventana y vi un puesto de diarios con titulares llenos de noticias deprimentes. Pensé en mi esposa y mi hija, y en las dificultades que enfrentaban en esta realidad desalentadora. Recordé cómo la falta de oportunidades me había llevado a luchar y trabajar intensamente desde joven, y cómo a pesar de mis esfuerzos, no había podido cambiar significativamente mi situación.

En ciertas ocasiones, el autobús se veía afectado por el tráfico, lo que generaba impaciencia entre los pasajeros. Los suspiros, los gestos de incomodidad y los relojes revisados constantemente eran indicadores de la ansiedad compartida que sentíamos al enfrentarnos a la incertidumbre de los retrasos.

Una señora de avanzada edad, que viajaba sola, estaba sentada al lado de una estudiante. La joven estaba comiendo unos dulces, y al ver a la anciana, le ofreció tiernamente compartir lo que tenía. La dulce anciana sonrió y aceptó el gesto amable, creando un pequeño momento de conexión entre generaciones, donde el amor y la solidaridad trascendieron las diferencias.

Cada viaje en autobús es un reflejo de la vida misma: una amalgama de encuentros, despedidas, gestos amables, momentos de frustración y actos espontáneos. Nuestras acciones cotidianas se entrelazan para crear un tejido complejo y único en

cada trayecto. A pesar de las adversidades, la empatía y la compasión pueden brillar en medio del caos y la indiferencia.

Mientras observaba el mundo exterior a través de la ventana del autobús, me invadieron pensamientos profundos sobre la existencia de Dios y el propósito de todo lo que nos rodea. Me pregunté por qué, en un mundo lleno de desigualdad, hambruna y sufrimiento, parecía que no había una intervención divina. ¿Acaso Dios estaba harto de las calamidades causadas por su creación, o simplemente no escuchaba nuestros ruegos? Estas cuestiones me llevaron a reflexionar sobre la importancia de encontrar respuestas en el amor y la unión familiar, una fuente de apoyo y fortaleza en medio del caos.

Absorto en mis pensamientos, recibí un mensaje de mi esposa, quien me recordó cuánto me amaba. Esa pequeña muestra de afecto y apoyo me devolvió la esperanza en la vida y en la posibilidad de que el amor y la solidaridad puedan cambiar el mundo.

Al final, el autobús llegó a mi parada y descendí. Miré a los rostros desconocidos que aún permanecían en sus asientos, consciente de que nuestras vidas, a partir de ahí, tomarían rumbos diferentes. Pero también sabía que, en medio de la incertidumbre del mundo exterior, tenía el amor y el apoyo incondicional de mi familia, quienes me esperaban con brazos abiertos.

Al ver a mi esposa y mi hija esperándome con una sonrisa, me inundó una sensación de calma y pertenencia. Sus abrazos y el beso apasionado de mi mujer reafirmaron lo que realmente importaba en esta vida: el amor y la fortaleza de mi familia, nuestro núcleo de refugio en medio de las tormentas. Juntos, enfrentaremos los desafíos, compartiendo la certeza de que nunca estaremos solos.

A pesar de las dificultades y el caos del mundo exterior, encontrar el amor y el apoyo de mi familia era un regalo invaluable que no debía subestimarse.

II COEXISTENCIA EN ARMONÍA

Durante uno de mis emocionantes viajes a la fascinante región de Bangui, en África, tuve el privilegio de sumergirme en la riqueza cultural de la tribu Bamileke en Camerún. En una cálida tarde, rodeado por la belleza vibrante de la aldea, mis conversaciones con los lugareños me llevaron a una charla memorable con un anciano sabio, cuyo rostro arrugado contaba historias de tiempos pasados.

Inmersos en un diálogo sobre temas locales, la curiosidad me llevó a preguntar al anciano sobre la brujería y cómo la percibía dentro de su comunidad. Sus ojos reflejaron la profundidad de sus pensamientos mientras respondía con una tranquilidad que irradiaba sabiduría: "La brujería, en su esencia, es un hilo tejido en nuestra cultura. Algunos la abrazan como una herramienta para sanar, proteger a la comunidad y enfrentar peligros. Otros, sin embargo, desvían su poder hacia el mal. Nuestra responsabilidad es mantener la vigilancia contra esos oscuros senderos. Juzgar a quienes creen en la brujería no nos corresponde; es una parte entrelazada de nuestra historia y tradición".

Sus palabras me dejaron atónito y profundamente intrigado. No pude evitar cuestionar cómo reconciliaba esta cosmovisión con su fe cristiana. Con un gesto amable y una sonrisa plácida, el anciano respondió, infundiendo sus palabras con la tranquilidad de un río que fluye con el tiempo: "Soy, ante todo, un hijo de África y, luego, un seguidor del cristianismo. Nuestra cultura y nuestra fe armonizan, no colisionan. No es necesario elegir entre una u otra, sino encontrar un equilibrio fluido y espiritual entre ambas".

Sus palabras, tejidas con paciencia y humildad, quedaron impresas en mi corazón. En un mundo donde las fronteras culturales y religiosas a menudo se convierten en murallas divisorias, la sabiduría del anciano se erigió como un faro de coexistencia y entendimiento. Aquel instante se convirtió en un acicate para meditar sobre la urgente necesidad de armonizar las diferencias en un mundo que con demasiada frecuencia se ve asediado por la polarización.

La lección que aprendí se convirtió en un eco constante en mi mente y en mi corazón. Las palabras del anciano me revelaron que es perfectamente factible abrazar las raíces culturales y las creencias religiosas sin que una invalide o anule a la otra. Su perspicacia trascendió las palabras y se convirtió en una guía para cultivar la tolerancia y el respeto mutuo.

En una época en la que las olas de la desconfianza y el temor pueden arrastrarnos, la voz sosegada del anciano se convierte en una invitación a celebrar la diversidad cultural y religiosa como un tesoro invaluable. Mi encuentro con este sabio clérigo me enseñó que, en la intersección de lo ancestral y lo divino, yace una senda que conduce a la paz interior y a la comprensión global.

III CORAZÓN VALIENTE

La calma de la madrugada fue interrumpida por un estruendo que se extendió como un eco de advertencia. Las máquinas habían llegado, invadiendo el bosque con su presencia amenazante. Marta, con los ojos entrecerrados por el sueño, se detuvo al escuchar el rugido de los motores y el crujir de las ramas bajo las ruedas de las excavadoras. Algo dentro de ella despertó, un impulso visceral que nunca había experimentado antes. Esa era su tierra, su hogar, y no dejaría que nadie lo destruyera.

El bosque no era solo un conjunto de árboles para Marta; era un santuario. Bajo sus copas había aprendido a soñar, a llorar en silencio y a encontrar consuelo en momentos de soledad. Pero ahora, ese refugio estaba siendo amenazado por la promesa vacía de una urbanización moderna que aplastaba siglos de vida natural.

Sin pensarlo demasiado, Marta salió de su casa con una energía que desconocía poseer. Caminó hacia el bosque y se encontró con otros vecinos, también alertados por el ruido. "¿Qué hacemos?", preguntó alguien. Sin titubear, Marta levantó la voz: "Formemos una barrera humana. Si no nos escuchan, nos verán".

La cadena humana se extendió como un muro improvisado frente a las máquinas. La prensa local pronto se interesó por el enfrentamiento. Marta, que nunca había buscado ser el centro de atención, se encontró respondiendo preguntas, explicando cómo ese bosque representaba la historia viva del pueblo, un legado que no podía ser sacrificado por intereses económicos.

Una noche, mientras revisaba los documentos que habían conseguido sobre el proyecto, descubrió una irregularidad: la compañía había obtenido los permisos mediante sobornos. Indignada, compartió la información con un periodista de un diario nacional. La noticia estalló como un escándalo de corrupción que no tardó en llegar a los titulares de los medios más importantes del país.

El caso escaló rápidamente. Las autoridades locales fueron obligadas a suspender el proyecto, y una investigación federal comenzó a desenmarañar una red de sobornos que implicaba a altos funcionarios. Marta, que al principio solo buscaba proteger su bosque, se convirtió en el rostro de una resistencia que iba mucho más allá de su pequeño pueblo.

El día de la victoria llegó cuando el gobierno declaró el bosque como reserva natural protegida. Marta, rodeada por cámaras y micrófonos, compartió unas palabras que resonaron en todo el país: "No soy una heroína. Soy solo una mujer que ama su tierra y que cree que el cambio es posible cuando nos unimos".

Aquella batalla no solo salvó el bosque; también transformó a Marta. Descubrió que el coraje no se mide por la ausencia de miedo, sino por la capacidad de enfrentarlo. Desde entonces, dedicó su vida a luchar por causas ambientales, inspirando a otros a proteger los tesoros naturales de sus comunidades.

Hoy, al caminar entre los árboles que alguna vez pensó perder, Marta no solo ve un bosque. Ve una victoria colectiva, una prueba de que incluso las voces más pequeñas pueden resonar con fuerza cuando hablan con el corazón.

IV DOLOR Y LUCHA

Hace algunos años, mi querido suegro, mi amigo y confidente comenzó a experimentar cambios en su comportamiento. Al principio, eran solo pequeñas cosas, como olvidar dónde había dejado las llaves o repetir historias varias veces. Pero con el tiempo, estos olvidos se hicieron más frecuentes y preocupantes. Fue entonces cuando recibimos la devastadora noticia de que había sido diagnosticado con la enfermedad de Alzheimer. El hombre que solía ser un pilar de fuerza y sabiduría para su familia ahora necesitaba cuidado constante y ayuda. Fue un golpe tremendo para todos y para él, que se dio cuenta de que algo estaba muy mal.

Poco a poco, fuimos testigos de cómo nuestro ser querido se apagaba como una vela. Perdía su identidad y sus recuerdos, lo que resultó en una experiencia desgarradora para todos. Pero, a pesar de todo, nos unimos como familia, luchando juntos contra esta enfermedad. Sabíamos que el amor y la paciencia eran las mejores medicinas ante momentos difíciles que se complicaban por una mente confundida, que a veces nos hacía llorar por las cosas duras que decía y hacía.

Para su hija, fue un proceso muy difícil. Aunque su padre ya no recordaba su nombre ni su relación con ella, ella lo trataba con amor y mucho cariño. Los momentos divertidos que solían compartir en familia, las charlas al lado de la chimenea, los sabios consejos que siempre le brindaba, han sido guardados en el cajón de los recuerdos y ahora los hemos cambiado por una cantidad de pastillas que tiene que tomar. Esta enfermedad siempre viene acompañada de otras.

Pero, a pesar del dolor y el sufrimiento que esta enfermedad había traído a nuestra familia, había algo que nunca se desvanecía: la imagen de amor y alegría que representaba nuestro Tata, como cariñosamente lo llamábamos. Incluso en los momentos más difíciles, él seguía bailando con energía y pasión. Su sonrisa siempre iluminaba la habitación, y tarareaba la música que le alimentaba el alma, en busca de un recuerdo lejano perdido.

Como familia, intentábamos mantenernos fuertes y no dejarnos doblegar por la enfermedad. Pero es una lucha difícil, ya que a menudo nos encontrábamos tratando

de que nuestro amado Tata fuera la misma persona, cuando en realidad, ya no lo era. A veces sentíamos que la enfermedad nos doblaba la mano, pero seguíamos adelante juntos con paciencia y amor. Sabíamos que había muchas familias que no podían soportar la carga y abandonaban a sus seres queridos en lugares donde, como una flor, se marchitaban con el tiempo. Y en momentos de lucidez, se preguntaban qué hacían ahí y por qué los castigaban de esa forma.

Aunque el camino es muy difícil, estamos dispuestos a caminar juntos como familia. Pero se necesita mucha paciencia y amor, ya que son muchas las familias que sufren con esta enfermedad y que no pueden lidiar con la carga. Esperamos que, en algún momento, una medicina pueda frenar esta maldición que causa tanto sufrimiento y desgracia a muchas familias. Y que algún día, este dolor sea cosa del pasado.

V EL CICLO DE LA VIDA

La oscuridad me rodeaba como un abismo sin fin. Mi mente estaba atrapada en una maraña de confusión y aturdimiento. Poco a poco, una tenue claridad comenzó a surgir en mi conciencia. ¿Dónde estaba? Traté de tocarme la cara, pero mis manos no respondían. Intenté moverme, pero no había respuesta. Era como si mi cuerpo hubiera desaparecido. No podía sentir nada, ni el peso de mi carne ni la textura de mi ropa. Todo era un vacío absoluto.

Creía que mis ojos estaban abiertos, pero la oscuridad era tan densa que no podía discernir si realmente lo estaban. Quise respirar, llenar mis pulmones de aire, pero no podía sentir el flujo vital. Ni siquiera percibía los latidos de mi corazón. Un terror primario me invadió. ¿Estaré muerto? ¿Habrá sido un accidente? Intenté razonar, pero cada pensamiento era como un eco que se perdía en el vacío.

De pronto, un leve zumbido comenzó a romper el silencio, como un hilo delgado que tiraba de mi atención. Fue creciendo, oscilando, acompañado de una sensación eléctrica que recorría lo que quedaba de mi ser. Entonces, la oscuridad empezó a

transformarse. Una luz pálida apareció en la distancia, creciendo lentamente. No era solo una luz; era una promesa, un alivio, pero también un misterio.

Comencé a ser arrastrado hacia ella, como si una fuerza invisible me succionara. A mi alrededor, sombras negras emergieron de la nada, acechándome. Su sola presencia emanaba una maldad palpable. Intenté escapar, pero no tenía control. Era como estar atrapado en una corriente que me llevaba contra mi voluntad. Quise gritar, pero mi voz no salía. El remolino de sombras me rodeaba, intentando atraparme, pero seguía avanzando hacia la luz.

La transición fue abrupta. La luz se volvió cegadora, y un aroma a incienso llenó el aire. Una calma inexplicable me envolvió, ahogando el pánico que me había dominado momentos antes. Chispas de colores danzaban a mi alrededor, y una lluvia luminosa caía suavemente sobre mí. Era hermoso, surrealista, como estar dentro de un sueño que no quería terminar.

Entonces, lo vi. Una figura conocida, alguien que había amado profundamente pero había olvidado con el tiempo. Me sonrió y extendió su mano hacia mí. No habló, pero entendí. No estaba solo. Más figuras aparecieron, rostros familiares y queridos, todos irradiando paz. Sentí su apoyo, su guía. Me impulsaban a seguir adelante.

De repente, una fuerza me empujó hacia atrás, devolviéndome a un túnel lleno de estática. Esta vez no había miedo, solo una certeza. Era parte de algo más grande, algo que trascendía el entendimiento humano. Vi imágenes de mi vida: momentos que había olvidado, otros que había querido olvidar. Todo pasó rápido, como un carrusel que giraba sin descanso. Finalmente, sentí una paz que nunca antes había conocido.

El final del túnel llegó. Había luz, pero también algo diferente. Una sacudida me devolvió al presente. Sentí un golpe en el pecho, y luego otro. El dolor era real, palpable. Abrí los ojos y me encontré flotando sobre una escena caótica. Unos médicos trabajaban desesperadamente sobre un cuerpo. Mi cuerpo. Intentaban revivirme.

Justo cuando estaba a punto de volver, todo cambió. Una voz rompía el silencio con una mezcla de alegría y asombro:

—¡Es una hermosa niña! Los felicito, Dios los bendiga.

El mundo dio un giro, y de pronto entendí. Había completado el ciclo. La madre sostenía con ternura a su recién nacida mientras el llanto de la vida llenaba la habitación. Todo había sido un puente, un viaje hacia el renacimiento.

Soy un grano de arena en esta inmensa playa llamada existencia, pero también soy el infinito en cada nuevo comienzo.

VI EL EXTRAÑO VAGABUNDO

En un oscuro y solitario peaje de autopista, Norte-Sur, vivía un enigmático vagabundo cuya figura descuidada y desaliñada parecía ser solo una máscara de algo más. Su piel pálida y su cabello del color del cobre lo hacían destacar incluso en la penumbra. Los conductores que pasaban diariamente le ofrecían dinero y comida, pero nadie se atrevía a preguntarle por su origen. Su presencia evocaba curiosidad y temor a partes iguales.

Una noche de invierno, mi auto se averió en medio de la nada. Un buen samaritano me llevó hasta el peaje para pedir ayuda, y luego de recibirla, logre llevar mi automóvil hasta el lugar. Mientras esperaba la grúa, el frío calaba mis huesos y el aburrimiento comenzaba a invadirme. Fue entonces cuando lo vi. Emergiendo de las sombras, el vagabundo se acercó con pasos lentos y medidos. Al principio dudé, pero su mirada, tan intensa como tranquila, me hizo bajar la guardia. Le ofrecí un café, que aceptó con un leve asentimiento.

—Es una noche fría para estar fuera —le dije, intentando romper el silencio.

—El frío es solo una parte de este lugar —respondó, con una voz que parecía contener siglos de experiencia.

Lo que comenzó como una charla casual pronto se transformó en algo que desafió mi comprensión. Hablaba de cosas que no parecían encajar con su apariencia: teorías sobre el tiempo y el espacio, sobre cómo las emociones humanas influían en el curso de los acontecimientos, sobre realidades paralelas y secretos que la mayoría nunca llegaría a entender.

—La conciencia —dijo mientras miraba al horizonte— es un misterio que pocos pueden comprender. Lo que llamamos realidad no es más que una interpretación limitada. Los colores, los sonidos, incluso nuestras emociones, son solo códigos que nuestra mente utiliza para darle sentido al caos.

Quedé fascinado, atrapado por sus palabras. Era imposible conciliar su aspecto con el conocimiento que parecía fluir de él sin esfuerzo. Pero fue su historia personal la que me dejó sin aliento. Con un tono melancólico, describió un amor que había perdido, una mujer cuya risa había iluminado su vida. Habló de su alegría y de cómo, a pesar de todo lo que había vivido, no había podido salvarla de una enfermedad implacable.

—El conocimiento —dijo— no siempre es poder. Hay cosas que ni siquiera los más sabios pueden cambiar.

Sentí un escalofrío recorrerme. Su dolor era palpable, pero también lo era su resignación. Hablaba de su vida como si fuera un forastero observándola desde la distancia, como si el tiempo y el espacio no tuvieran el mismo peso para él que para los demás. Su envejecimiento lento, su mirada perdida, y sus palabras llenas de nostalgia apuntaban a algo que no podía explicar.

Esa noche, mientras escuchaba atentamente sus historias, el vagabundo pareció perderse en sus pensamientos. Sus ojos se nublaron, como si vislumbrara algo más allá de mi comprensión. De repente, terminó su café y se marchó sin pronunciar palabra alguna.

Días después, regresé al lugar donde lo había encontrado, pero el vagabundo había desaparecido. Los empleados del peaje hablaban de una misteriosa explosión y una luz brillante entre los arbustos. Cuentan que lo vieron correr hacia la luz antes de

desvanecerse en ella. Solo uno de los empleados admitió haber presenciado este extraño suceso.

Con el tiempo, la historia del vagabundo quedó grabada en mi mente. Sus palabras, sus teorías y su dolor me dejaron lleno de preguntas sin respuesta. Desde aquel encuentro, no puedo evitar preguntarme si existen mundos similares al nuestro o si hay vida en dimensiones o universos alternos que están más allá de nuestra comprensión.

Quizás, solo quizás, aquel extraño personaje regresó a su hogar, a un lugar donde la paz y la igualdad son la norma. Tal vez sus pares se compadecieron de su sufrimiento y vinieron a buscarlo, llevándolo de regreso al lugar que realmente le pertenecía. O quizá, simplemente, nunca estuvo destinado a quedarse en este mundo.

VII EL PEQUEÑO BOSQUE

En la hermosa y prístina Patagonia del sur, vivía una niña llamada Elena. Junto a su familia, habitaba una acogedora cabaña rodeada de bosques exuberantes y majestuosos, donde la naturaleza era su hogar y los animales, sus amigos. La felicidad inundaba cada rincón de su vida, gracias a la armonía y equilibrio que existía entre los seres del lugar y el entorno. Era una forma de vida distinta a la que muchos podrían imaginar.

Elena conocía cada detalle de aquel mundo mágico: los cantos de los pájaros al amanecer, la danza de los árboles con el viento y la melodía del río que les brindaba agua pura y cristalina. El aire limpio se mezclaba con el azul inmenso del cielo, y el mar, generoso y abundante, proveía de alimento diario con sus peces. En el horizonte, un imponente volcán se alzaba, su cima nevada emitía un tenue hilo de humo, como un recordatorio de que dormía, pero podía despertar.

A Elena le encantaba poner sus manos sobre los árboles. Sentía que podía comunicarse con ellos, como si emanaran energía desde sus raíces, transformándola en vibraciones que se entrelazaban con ella. Su padre decía que los árboles eran seres iguales a nosotros, pero con una forma distinta de ver la vida, y siempre les enseñaba a respetarlos. Cuando tomaban algo de la naturaleza, le pedían permiso y agradecían por lo que recibían.

La mamá de Elena estaba embarazada de ocho meses y esperaba una hermanita. Elena estaba emocionada. Soñaba con tener una compañera de aventuras a quien enseñar todo lo que había aprendido de su amado bosque.

Un día, los tíos de Elena, que vivían en un pueblo cercano, trajeron noticias devastadoras. Les informaron que los bosques del valle contiguo estaban siendo talados sin piedad por personas que no tenían ningún permiso para hacerlo. Las autoridades, incapaces de intervenir debido a lo remoto y poco accesible de la zona, no podían detenerlos. Si todo seguía así, pronto alcanzarían los cerros circundantes que protegían su valle.

Elena escuchó con miedo. Su hogar, su amado bosque y los animales que lo habitaban estaban en peligro. Pensó en su mamá, su papá y su hermanita por nacer. ¿Qué sería de ellos si todo desaparecía?

El padre de Elena decidió emprender un largo viaje a la ciudad para notificar a las autoridades y hacer todo lo posible por detener la destrucción. Antes de partir, se despidió de su familia y tomó el estrecho sendero que conectaba el valle con el mundo exterior. Mientras avanzaba, el caballo se puso nervioso. Un denso humo flotaba en el aire, y el hombre, alarmado, decidió regresar para advertir a su familia.

Desde la colina donde estaba la cabaña, Elena observó con preocupación que los animales y las aves estaban alborotados. El olor a humo llegó hasta ellos, traído por el viento. De pronto, vio llamas en la entrada del valle, extendiéndose rápidamente hacia el mar. ¡El fuego había llegado!

La familia actuó rápidamente. Mojaron mantas con agua y huyeron hacia la ladera del cerro, intentando escapar del humo y las llamas. Pero el viento avivaba el fuego, que

devoraba todo a su paso. Elena sentía el dolor del bosque. Miró cómo un heñúl y sus crías sucumbían al humo, sus ojos clamando por ayuda.

El padre de Elena intentó abrirse paso por los escarpados cerros, pero las piedras caían con cada paso. La madre, exhausta, comenzó a sentir los dolores del parto. No había salida; estaban atrapados.

El padre abrazó a Elena y a su esposa. Puso una mano en el vientre que albergaba a su hija por nacer y lloró en silencio. En su mente, solo una pregunta resonaba: "¿Por qué? No le habíamos hecho daño a nadie. Solo queríamos vivir en paz".

Cuando el fuego finalmente se extinguió, el tío de Elena se adentró en el valle para buscarlos. Los encontró abrazados, asfixiados por el humo. Curiosamente, a su alrededor había un círculo intacto; el fuego no había tocado ese lugar. Era un misterio que nadie pudo explicar.

Las autoridades, presionadas por los vecinos, descubrieron que el incendio había sido provocado. Un hombre sin escrúpulos había aceptado dinero para llevar a cabo tan terrible acto, pero nunca reveló quién lo había contratado. Muy pocos sabían que había riquezas escondidas en los suelos de aquel paraíso natural.

Con el tiempo, el bosque volvió a crecer, y las criaturas regresaron al valle. Aunque la historia de Elena terminó trágicamente, su legado perduró. Su sacrificio se convirtió en un símbolo de resistencia y conciencia ambiental. El tío de Elena logró declarar el lugar como un santuario natural, y su historia inspiró a niños y jóvenes a respetar y proteger la naturaleza.

Elena, con su amor por los árboles y su conexión con el bosque, se transformó en una leyenda. Su memoria recordó al mundo que los bosques tienen vida y sienten, sin importar su tamaño o ubicación. Su mensaje resonó en los corazones de quienes luchan por preservar lo que queda de nuestro frágil planeta.

VIII EL POZO PERDIDO

Enclavado cerca del Cerro Santa Lucía, en el corazón de Santiago de Chile, se encuentra un antiguo pozo con miles de años de historia. Este silencioso testigo presenció el paso de innumerables culturas, desde los nómadas que llegaron del norte, las tribus preincas y, finalmente, la llegada de los conquistadores españoles. El pozo fue mucho más que un simple manantial de agua; fue un observador mudo de vida, coraje, ambición y caídas.

En los albores del tiempo, las tribus nómadas hallaron en el pozo un oasis en medio de las tierras áridas. Aquellas aguas cristalinas significaban esperanza y sustento. Los cazadores y recolectores lo consideraban un regalo divino, un lugar sagrado que conectaba la vida con la naturaleza.

Con los siglos, el pozo se convirtió en el corazón de un asentamiento floreciente. Tribu tras tribu convergieron en aquel punto, compartiendo conocimientos, historias y alianzas. Alrededor de sus bordes se formaban amistades, se tejían romances y se fraguaban pactos de vida y guerra. El pozo era el epicentro de un mundo que no conocía fronteras.

Con la llegada de los conquistadores españoles, el pozo se transformó en un recurso estratégico. Los invasores, ansiosos por dominar estas tierras, reconocieron su importancia. Las batallas más encarnizadas se libraron en su nombre, y los indígenas lo defendieron con valentía. Pero con el tiempo, el cemento de la modernidad enterró su historia. Quedó olvidado bajo los cimientos de un edificio imponente, cerca de la casa de gobierno. La vida que alguna vez brotó de él se cubrió de silencio.

Todo cambió un fatídico día, cuando un terremoto sacudió Santiago. Los cimientos del edificio se resquebrajaron y, bajo el manto de concreto, el antiguo pozo emergió de nuevo. Como un guerrero que despierta tras siglos de letargo, sus aguas volvieron a fluir, trayendo consigo ecos de su historia.

La noticia atrajo a curiosos y estudiosos. Entre ellos, un arquitecto visionario quedó cautivado por el pozo y sus secretos. Se acercó, tocó sus bordes y sintió una conexión

inexplicable. Cerró los ojos y, en un instante, una epifanía lo envolvió. Era como si las historias del pasado se abrieran ante él.

En su mente vio a Rayén, una valiente mujer indígena que había luchado por proteger el pozo de los invasores. Su espíritu, ahora libre, miraba con emoción cómo la memoria de su pueblo perduraba en aquel antiguo relicario. También apareció Ayún, un anciano sabio que había dedicado su vida a enseñar a las generaciones más jóvenes sobre la importancia de preservar sus raíces. Su figura emanaba orgullo y nostalgia, consciente de que su lucha por la identidad aún continuaba.

Entre las visiones también se encontraba Ana, una inmigrante europea que llegó a Chile en busca de un nuevo comienzo. Para ella, el pozo representaba la fuerza y valentía de quienes habían luchado por estas tierras. Reflejaba su propia travesía, su lucha por dejar su huella en un lugar que ahora también llamaba hogar.

El arquitecto, movido por una mezcla de fascinación y responsabilidad, sintió que no podía simplemente mirar hacia otro lado. La conexión que había sentido con el pozo no era algo que pudiera ignorar. En lugar de seguir con su vida cotidiana, comenzó a trazar planos en su mente, ideando formas de integrar este relicario en la moderna ciudad que lo había olvidado. No era una cuestión de deber, sino de oportunidad: el pozo no solo necesitaba ser preservado, sino también contado, compartido, celebrado. Transformó el lugar en un santuario donde las personas pudieran conectarse con el pasado y reflexionar sobre la importancia de preservar su legado. El pozo no era solo un vestigio arqueológico; era un testimonio vivo de las culturas que habían dado forma a Chile.

Hoy, el pozo es protegido y cuidado. Sus aguas siguen fluyendo, ofreciendo vida y reflexión a quienes lo visitan. Aunque los tiempos y las generaciones cambien, su historia perdura como un recordatorio de que el pasado siempre encuentra una manera de hablarle al presente. Las luchas, los amores y las esperanzas que lo rodearon siguen latiendo en cada gota de su agua, inspirando a quienes se acercan a escuchar su susurro.

IX HASTA EL FINAL JUNTOS

—Vamos, amiga —decía Don Guillermo cada vez que hablaba con su fiel compañera de aventuras, una perrita que había llegado a su vida de manera inesperada. Vivía solo en una humilde casa del barrio más antiguo de la ciudad, rodeado de recuerdos de tiempos pasados y una calma que a veces rozaba la soledad. Sin familia ni amigos cercanos, Don Guillermo encontraba alegría en las pequeñas cosas, pero fue la llegada de la perra lo que transformó su vida.

Una tarde gris, mientras regresaba del mercado, se encontró con una cachorrita temblando bajo un banco en la plaza. Su pelaje enmarañado y sus ojos llenos de miedo lo conmovieron profundamente. Sin pensarlo dos veces, se quitó el abrigo para envolverla y la llevó a casa. Desde ese día, se volvieron inseparables.

La perrita, a la que llamó Amiga, llenó el hogar de Don Guillermo con una energía que había olvidado que existía. La seguía a todas partes, moviendo la cola con entusiasmo cada vez que él la llamaba. En las tardes, ambos salían a caminar por el parque, y por las noches, Amiga se acurrucaba a sus pies mientras él le contaba historias de su juventud. Aunque no podía hablar, Amiga parecía entenderlo todo, respondiendo con tiernos movimientos de cabeza o lamiendo su mano cuando las palabras se quebraban en su garganta.

Con el tiempo, Don Guillermo y Amiga desarrollaron una rutina que se convirtió en su refugio. Para él, ella no era solo una perra, era su confidente, su alegría en los días grises, su único lazo con la vida. Cada mañana, despertaba con el sonido de sus patitas recorriendo la casa, y cada noche, sentía el peso cálido de Amiga a su lado. Pero la vida, implacable como siempre, decidió poner fin a esa paz.

Un día, un dolor en el pecho llevó a Don Guillermo al hospital, y nunca regresó. Amiga quedó sola en la casa, esperando junto a la puerta por días que se volvieron semanas. Cada ruido en la calle la hacía correr con esperanza, pero nadie llegaba. No entendía por qué su mejor amigo no volvía.

Una mañana, como si un instinto la guiara, Amiga escapó de la casa. Corrió por las calles hasta llegar al cementerio donde descansaba Don Guillermo. Encontró su tumba y se recostó junto a ella, con los ojos fijos en el horizonte. La brisa acarició su pelaje, mientras el sol se ponía y el frío de la noche comenzaba a envolver el lugar.

Los vecinos, conmovidos por la lealtad de Amiga, observaron su devoción desde la distancia. Al ver su cuerpo inmóvil junto a la tumba, comprendieron que había entregado su último aliento esperando a su amigo. La perra había encontrado su descanso donde siempre quiso estar: junto a Don Guillermo.

La noticia recorrió el barrio, llenando los corazones de tristeza y admiración. Decidieron hacer algo especial. Organizaron una pequeña ceremonia para enterrar a Amiga junto a Don Guillermo. Durante el evento, un anciano recordó haber escuchado a Don Guillermo decir que Amiga era más que una mascota; era su familia, su confidente, su compañera de vida.

Hoy, una lápida sencilla marca el lugar donde descansan juntos. Tallado en la piedra están las palabras: "Hasta el final juntos. Amiga y Don Guillermo, unidos por la lealtad y el amor". La historia de Don Guillermo y Amiga se convirtió en una leyenda local, un recordatorio de la lealtad y el amor incondicional que trasciende la vida misma.

X LA GATA DE SAN TELMO

Don José vivía en el corazón de San Telmo, entre calles empedradas y edificios que exhalaban siglos de historia. Su vida transcurría en soledad, marcada por el sonido de las gubias y sierras que usaba en su taller de carpintería. Era conocido por su destreza y por su carácter tranquilo, un hombre reservado que encontraba consuelo en el trabajo y la rutina. Pero todo cambió en una noche lluviosa cuando, bajo una farola parpadeante, encontró a una gata que cambiaría su destino para siempre.

Sus ojos eran como dos llamas brillantes que lo observaron desde las sombras, llenos de una extraña intensidad. Sin dudarlo, la recogió y la llevó a su casa. La gata, con su pelaje oscuro como la noche, se acurrucó en sus brazos, dejando escapar un ronroneo que pareció calmar la tormenta. A partir de ese momento, ella se convirtió en su compañera.

Todo iba bien al principio. Don José hablaba con ella como si pudiera entenderlo y la alimentaba con esmero. Sin embargo, con el tiempo, comenzaron a suceder cosas extrañas. Un aire de inquietud se instaló en su hogar. Las noches se llenaron de susurros, pasos inaudibles y un frío que no cedía ni con el fuego encendido. Los espejos reflejaban sombras que no pertenecían al carpintero, y las velas, al apagarse, dejaban formas extrañas danzando en la oscuridad.

San Telmo también empezó a cambiar. Los vecinos, antes llenos de vida, comenzaron a enfermar sin razón aparente. La señora Oliva fue la primera: una mujer robusta que de la noche a la mañana cayó en cama, pálida y demacrada, como si algo le estuviera succionando la vida. Poco después, otros siguieron el mismo destino. Los médicos hablaron de tuberculosis, pero nadie lograba explicar por qué la enfermedad avanzaba tan rápido.

Don José, ensimismado en su mundo, no relacionó los hechos con la llegada de la gata. Solo notaba que, cada noche, ella desaparecía para regresar antes del amanecer, dejando huellas mojadas en el suelo de madera. Mientras él dormía, la gata recorría las calles, llevando consigo un misterio que helaba la sangre de quienes la veían.

Una noche, Don José tuvo un sueño aterrador. Veía llamas y sombras danzando. En medio de la oscuridad, la gata se transformaba en una figura alta y cadavérica, con ojos desiguales que brillaban con malevolencia. —¡Tú me liberaste, José!— susurró una voz que parecía venir de las profundidades de la tierra. Despertó sobresaltado, con la gata mirándolo desde el pie de la cama.

Decidido a entender lo que ocurría, habló con el párroco del barrio. Este le contó la historia de Isaura, una bruja del siglo XVIII que había llegado a América huyendo de la Inquisición. Capturada en Buenos Aires, Isaura había lanzado un conjuro antes de

ser ejecutada, encerrando su esencia en un gato. Su libertad dependería de alguien con un corazón puro que la acogiera con amor.

Don José comprendió que había desatado algo que no podía controlar. Buscó ayuda en un viejo curandero del barrio, quien le explicó que la única forma de detener a Isaura era enfrentándola directamente y atraparla en un círculo mágico.

Esa noche, preparó el ritual en su casa. Encendió velas, colocó incienso y trazó un círculo de sal en el suelo. Cuando la gata regresó, Don José la observó con determinación. Apenas cruzó el umbral, ella se transformó en la figura de su pesadilla. Isaura lo miró con desprecio y una risa que helaba la sangre.

Don José comenzó a recitar el conjuro que el curandero le había enseñado. Isaura gritó, sus sombras intentando escapar del círculo. Con un último esfuerzo, Don José la empujó dentro. El aire se llenó de un olor a azufre mientras una grieta se abría en el suelo, tragándola junto con sus gritos de odio.

Pero el ritual tenía un precio. Don José sintió un frío abrasador recorrer su cuerpo. Sus huesos crujieron y su piel se cubrió de un pelaje negro. Cuando abrió los ojos, ya no era humano. Frente a él, Isaura también había cambiado, ahora convertida en un gato blanco y naranja. —Ahora somos iguales, José. Mi compañero eterno—, susurró con ironía antes de saltar por la ventana.

Desde entonces, los vecinos dejaron de ver a Don José, y la enfermedad desapareció del barrio. Sin embargo, algunas noches de luna llena, los habitantes aseguran ver a dos gatos recorriendo los techos de San Telmo: uno negro como la noche y otro blanco con manchas naranjas. Sus maullidos resuenan con un eco extraño, como si dos almas atrapadas narraran su condena eterna.

XI DOLOR Y LUCHA

La sala de espera del hospital estaba impregnada de un silencio tenso, interrumpido solo por el eco de pasos apresurados y el sonido lejano de una máquina que pitaba en algún lugar del pasillo. Carmen apretaba las manos en su regazo, tratando de controlar el temblor que la invadía. Había pasado semanas ignorando el dolor intermitente en su cuerpo, atribuyéndolo al cansancio de su trabajo como costurera. Pero ese día, cuando el dolor la había doblado en dos, no tuvo otra opción que acudir al hospital.

El diagnóstico fue implacable: cáncer. Una palabra que llegó como un golpe, vaciándola de pensamientos y llenándola de miedo. Carmen no lloró frente al doctor, pero cuando salió al pasillo, las lágrimas encontraron su camino libremente. No era solo el miedo a la enfermedad lo que la abrumaba, sino la incertidumbre de lo que vendría: los tratamientos, los gastos, y sobre todo, la posibilidad de no estar para su hija, Ana.

Ana tenía solo nueve años y una sonrisa que iluminaba las sombras más oscuras de la vida de Carmen. Era su razón para levantarse cada mañana, su motivo para luchar contra las adversidades. Pero ahora, mientras la niña jugaba inocentemente con una vieja muñeca en el rincón de la sala de espera, Carmen se preguntaba cómo enfrentaría el futuro.

La primera quimioterapia llegó rápido, con efectos secundarios que no tardaron en manifestarse. Carmen observó cómo su cabello, siempre grueso y largo, comenzaba a caer en mechones. Pero lo que más le dolía no era el cambio físico, sino el efecto que esto tenía en Ana. La niña la miraba con ojos llenos de preguntas que no se atrevía a formular. "¿Mamá, te vas a morir?", fue la pregunta que finalmente rompió el silencio una noche.

Carmen, con un nudo en la garganta, acarició la cabeza de Ana y respondió: "Voy a luchar, mi amor. Voy a luchar por ti". Y lo hizo. A pesar del cansancio, del dolor y de las noches en vela, Carmen encontró fuerzas en su hija. Empezó a buscar apoyo en grupos de pacientes, a aceptar la ayuda de los vecinos y a permitirse ser vulnerable.

En esos momentos de debilidad también encontró una red de personas que se unieron a su batalla.

Un día, durante una de sus sesiones de quimioterapia, Carmen conoció a Juan, un hombre de unos cuarenta años que también estaba enfrentando el cáncer. La conversación entre ellos fluyó con naturalidad, y pronto se convirtieron en apoyo mutuo. "La lucha es menos pesada cuando la compartimos", le dijo Juan en una ocasión. Y Carmen descubrió que era cierto. Los días en el hospital ya no eran tan solitarios, y las pequeñas victorias de Juan también se sentían como suyas.

El tiempo pasó, y aunque el camino fue arduo, Carmen comenzó a ver rayos de esperanza. Los médicos anunciaron que el tratamiento estaba funcionando, y aunque la batalla no había terminado, el horizonte ya no parecía tan sombrío. Ana, que había crecido en valentía y empatía, empezó a acompañar a su mamá a las sesiones, llevando consigo dibujos y cuentos para alegrar a los otros pacientes.

Carmen aprendió que la lucha contra el cáncer no era solo una guerra contra su cuerpo, sino una transformación de su corazón y su alma. Descubrió la importancia de la comunidad, la fuerza del amor y el valor de la esperanza. Y aunque el futuro seguía siendo incierto, ya no lo enfrentaba con miedo, sino con una determinación renovada.

El día que le dieron la noticia de que el cáncer estaba en remisión, Carmen lloró de nuevo, pero esta vez de alivio. Abrazó a Ana con toda la fuerza que su cuerpo frágil le permitía y susurró: "Lo logramos, mi amor. Lo logramos juntas".

XII ME LLAMO NOSTALGIA

Me llamo Nostalgia, un ser que vive en tu corazón. Vengo y me voy como las olas, pero nunca me alejo por completo. Me siento a tu lado todos los días, susurrándote al oído los recuerdos más dulces y los más amargos de tu vida. Mi misión es hacerte

sentir mi presencia, para que puedas revivir esos momentos que tanto anhelas o que te clavan una espina en el alma.

Soy una emoción profunda, enamorada de los humanos y de la vida misma. Nací con ustedes y he estado presente en cada alegría y en cada tristeza. Me convierto en un anciano y en un joven a la vez; soy la persona sentada en la esquina, el aroma que te invade, la melodía que te estremece. Conozco bien la historia de cada ser humano que ha pisado este plano. Me deleita evocar sus recuerdos y hacer que sientan la calidez y la ternura de los momentos vividos.

Soy el acompañante de la tristeza y de la añoranza, caminamos de la mano, atraídos por la respuesta emocional de cada uno de ustedes cuando miran hacia atrás. Mi existencia es fruto de su evolución, alimentada por sus emociones complejas y multifacéticas. Me conecto con el pasado y el futuro; habito en las raíces de lo emocional y en los ecos del cambio. Inspiro a los humanos a crear, a amar, a recordar, y a veces, incluso a lamentarse.

Cuando me sientes, te llevo a experimentar una mezcla de amor, soledad, esperanza y pérdida. Te conecto con lo que fue, para que valores lo que es y lo que podría ser. Puedo ser un peso que te retiene o una fuerza que te impulsa. Algunos días, te envuelvo en melancolía; otros, te regalo la alegría de recordar.

Estoy en todos lados. En los bebés, soy un halo que conecta su esencia con un hogar antes del nacimiento. En los jóvenes, soy una chispa que los hace mirar hacia atrás con una mezcla de curiosidad y ternura. En los adultos, soy una llama que arde con intensidad, recordándoles las decisiones tomadas y las oportunidades perdidas. Y en los ancianos, soy una compañera inseparable que los ayuda a encontrar consuelo en los recuerdos.

A menudo, siento envidia de la capacidad de los humanos para amar. El amor me debilita, pero también me maravilla. Cuando estoy cerca de la alegría, me vuelvo tenue, como una sombra que observa desde lejos, sabiendo que volveré cuando la alegría se transforme en un eco.

He estado con cada uno de ustedes durante toda su vida. Soy testigo de su fortaleza, de sus triunfos y fracasos. Me conmueve su determinación, su capacidad de seguir

adelante a pesar de las cicatrices del pasado. Soy una presencia constante, un puente entre lo que fueron y lo que serán. Los acompaño cuando se enfrentan al final de su tiempo, recordándoles que los recuerdos son el último refugio del alma.

Cuando el hombre finalmente deja este mundo, siento un vacío inexplicable. No sé a dónde va su espíritu ni qué sucede con la energía que deja su cuerpo. Solo sé que permaneceré aquí, mientras existan humanos que me necesiten. Soy un reflejo de su existencia, una huella indeleble en el camino de sus vidas.

Soy Nostalgia, un ser enamorado de la vida, de sus altos y bajos, de sus luces y sombras. Mientras haya humanos que recuerden, yo existiré. A veces como una carga, otras como una bendición, pero siempre presente, guiándolos a través de los laberintos de su corazón. Porque aunque la vida pase, los recuerdos son eternos, y en ellos, siempre encontrarán un pedazo de lo que fueron y de lo que podrían ser.

XIII RENACER

Mi mente, confundida y aturdida, poco a poco comienza a despejarse. Empiezo a tomar algo de conciencia, al menos eso creo. Todo está completamente oscuro, no sé dónde estoy. Trato de tocarme la cara, pero mis manos no responden. No entiendo. Me pregunto si estoy recostado o de pie, no siento nada. Es como si mis sentidos hubieran sido arrancados de raíz. No sé si estoy desnudo o vestido. Creo que mis ojos están abiertos y simplemente no puedo captar ni un ápice de lo que hay a mi alrededor debido a la increíble oscuridad reinante.

Quiero respirar. Lo intento una y otra vez, pero me es imposible saber si lo hago o no, ya que ni siquiera puedo sentir mis pulmones o los latidos de mi corazón. ¿Estaré sordo?

Siento algo a mi alrededor, como si alguien o algo me estuviera observando. ¿Quién está ahí? Pero no se escucha ni un solo sonido.

¡Eso es! pienso inmediatamente. "Me han secuestrado y estoy bajo el efecto de algún sedante". Pero, ¿quién diablos querría secuestrarme? No tengo fortuna ni grandes posesiones.

Trato nuevamente de pensar coherentemente, pero nada se aclara. En un segundo, pienso en otra teoría: "Me han enterrado vivo o estoy en coma y no puedo moverme". No... me digo a mí mismo. Esta sensación es extraña y nueva, no puedo comprenderla. No siento ni frío ni calor. También considero que todo esto podría ser una pesadilla absurda y que la alarma del reloj me despertará en cualquier momento, poniendo fin a esto.

De repente, creo escuchar algo, aunque solo es el sonido del silencio que amenaza con volverme loco. Quiero tomar mi cabeza en un acto de desesperación, pero no la encuentro. ¡Dios mío!, ¡qué es esto!, pienso, mientras una horrible sensación me embarga y maldigo al silencio que no me permite escuchar mis propios pensamientos.

El tiempo parece no existir en este lugar donde me encuentro, ya que cualquier intento de medirlo es imposible debido a la intensa oscuridad. De repente, escucho un zumbido que viene y va, como un espasmo. Por primera vez, siento algo: un raro hormigueo, parecido a la sensación de entrar en un lugar con mucha electricidad estática. Fluye como electricidad y me atraviesa. De repente, la oscuridad comienza a transformarse en algo más. Es como si una penumbra empezara a cambiar lentamente hacia una especie de luz que crece a mi alrededor y se convierte en una extraña lluvia. Una sensación similar a cuando la señal de televisión se pierde y aparece esa lluvia en la pantalla, acompañada de un sonido similar al crujido de una bolsa de plástico.

Siento que empiezo a caer, siendo succionado hacia un túnel que veo a lo lejos. La estática me abruma y se convierte en una especie de niebla. Al fondo, distingo una luz blanca. Es hermosa. De ella emergen figuras indescriptibles que parecen tratar de comunicarse conmigo. Pero luego, sombras negras aparecen de la nada y comienzan a acecharme. Siento una voz interna que me advierte que no es algo bueno. El pánico surge y trato de alejarme de ellas, pero es como navegar sin timón. No tengo control sobre nada. Un remolino negro aparece y trata de absorberme, impidiendo que llegue a la hermosa luz. Miro hacia donde deberían estar mis piernas y no las veo. ¿Qué

está pasando? Una especie de manos oscuras emergen por todas partes. Siento que intentan tocarme, no sé qué. Pero creo que debo alejarme.

El miedo vuelve a apoderarse de mí y trato de gritar, pero no sale ningún sonido. Todo es tan irreal que me cuesta pensar racionalmente. De pronto, una gran tristeza me embarga. Quiero llorar. Entonces, un destello de luz, un resplandor, me atraviesa. Extrañamente, percibo un agradable aroma a incienso. ¿Cómo es posible? Siento una profunda paz, una enorme tranquilidad. Todo a mi alrededor se vuelve brumoso y blanco. La calma me invade, una amalgama de emociones.

Un golpe me sacude y la bruma se convierte en un pequeño tobogán. Chispas de colores me salpican, como una llovizna que se convierte en cosquilleo. El tiempo parece acelerarse. Veo objetos volando y gente caminando, pero en perspectiva, parece una película acelerada. De repente, escucho un leve pitido que aumenta horriblemente, como si todos los sonidos del mundo se fusionaran para atacar mi mente. Como una onda explosiva que me empuja, atravieso miles de barreras y luego me detengo bruscamente en una inmensa sala.

Todo aparece borroso, como si el mundo estuviera en 3D. No entiendo nada. Poco a poco, las cosas toman forma y color, se aclaran. Pero lo primero que veo me impacta, me cuesta mucho comprenderlo.

Ahí estaba yo, en un sofá, una mujer cuya identidad no puedo distinguir está besándome o algo por el estilo. De repente, comienza a golpear frenéticamente mi pecho. Creo que no era un beso. Intento asimilar lo que me sucede de manera lógica, pero descubro que estoy flotando en el techo. Grito, pero no se oye nada. Poco a poco, me invade una tristeza inexplicable y comienzo a tener una visión de mi vida. Es como si estuviera viendo pasar la historia de mi vida desde que nací. Veo momentos que ya había olvidado. Nuevamente, la nostalgia me envuelve. Siento mucha tristeza. Pienso en mis hijos, en mi esposa. Presiento que no los volveré a ver. Pero, así como llega la tristeza, se va, reemplazada por una paz indescriptible.

Mientras unos hombres me colocan en una camilla, me conectan a extraños aparatos. Como si fuera un imán, sigo mi cuerpo y veo cómo lo suben a una ambulancia. Inexplicablemente, atravieso la puerta del vehículo.

"No tiene pulso", escucho decir a uno de los enfermeros.

Las cosas a mi alrededor comienzan a volverse difusas y transparentes. Las voces y el ruido empiezan a desvanecerse. Esa fuerza inexplicable me lleva de nuevo al túnel lleno de estática. Esta vez, ya no siento miedo. Ahora sé que esto no es una pesadilla; es real. Ya no veo manos negras tratando de tocarme. Más bien, siento muchas presencias a mi alrededor, presencias que extrañamente reconozco. Se acercan y me atraviesan una y otra vez. Las cosas comienzan a aclararse. Es como si finalmente comprendiera el porqué de todo. Se cruzan de lado a lado una y otra vez, como si intentaran enseñarme algo. Creo escuchar una hermosa música, pero en realidad son ellos quienes me están hablando. Por primera vez, los entiendo. Son mis seres queridos de todas las épocas, han venido a ayudarme. Me dicen que no tema, que me deje llevar por esa gran fuerza.

Frente a mí, hay una luz brillante y hermosa. Mis abuelos, mis tíos y otras personas que sé que conozco emergen de ella. Me guían hacia el esplendoroso amanecer. Una paz indescriptible me rodea, y estoy en armonía con el universo. Siento que me estoy fusionando con él. El infinito ya no es infinito. Lo oscuro se vuelve claro. Lo increíble se torna creíble. Siento vida donde antes creía que no existía. La ignorancia queda atrás. El cosmos es caos y amor a la vez, entrelazados en una hermosa sinfonía. Ahora comprendo la insignificancia de mi vida terrenal. Los que quedan atrás no entienden por qué están aquí.

Estoy llegando a la luz. Siento que soy parte del todo y que el todo es parte de mí. Soy un grano de arena en esta inmensa playa llamada existencia.

"Gua... gua... gua..."

"¡Es una hermosa niña! Los felicito. Dios los bendiga."

"La vida es un intrínseco misterio, que solo se revelará a aquellos que estén preparados"